

Chartres, Bouillon, La Rochefoucault y Villeroy; Fitz-James, obispo de Soissons, capellan mayor, y el jesuita Perusseau, confesor del rey.

Las dos favoritas del rey, el duque de Richelieu, Meuse, los ayudantes de campo y los ayudas de cámara, componian el tercer partido.

El partido de los príncipes, reunido al señor Maurepas, se habia decidido á penetrar en la habitacion del rey; y aprovechándose de su mal y de la debilidad que este debia haber producido en su espíritu, conseguir que se hiciese salir del palacio á las señoras de Chateauroux y de Lauraguais.

Estas dos señoras, por su parte, y el duque de Richelieu, habian resuelto hacerse firmes en el cuarto del rey, así como una guarnicion sitiada se sostiene en su fortaleza hasta el último momento.

La señora de Chateauroux sabia que se habia hecho una convencion entre los príncipes, el obispo de Metz y el capellan mayor Fitz-James, y que no se le daría al rey la absolucion, sino con la condicion de hacerla marchar.

Por lo que se ha visto se observará, que entre todos estos grandes, príncipes, ministros, cortesanos, favoritos y queridas, la cuestion de la vida ó la muerte del rey no era mas que secundaria; la sola y única cuestion era si habia de marcharse ó quedarse la favorita.

Solo el pueblo, siempre tan bueno, tan leal y tan grande, era el que se interesaba en la enfermedad y rogaba á Dios por la conservacion de su rey.

Quedaba todavía un recurso á las favoritas, que era el de negociar directamente con el padre Perusseau, confesor del rey, si se podia, y que en lugar de que el augusto enfermo fuera confesado y absuelto por el obispo de Soissons, fuese confesado y absuelto por su

confesor ordinario, y entonces todo podria arreglarse.

En consecuencia se hizo otra excepcion para el padre Perusseau, al que se introdujo en el cuarto del rey, y se le condujo á un gabinetito en el que lo aguardaba la señora de Chateauroux, la que, conociendo que no debia perderse tiempo, estableció desde luego la cuestion.

— Padre, le dijo, respondedme con franqueza; en el caso de que el rey pidiese la confesion y los otros sacramentos, ¿tendria yo precision de marcharme?

Procuró el jesuita desde luego eludir la cuestion.

— Pero, señora, dijo, si el rey tal vez no se confesará.

— Sí se confesará, respondió la duquesa, porque el rey tiene religion, y yo tambien; y yo seré la primera que le exhortaré á que se confiese, por el buen ejemplo. Yo no quiero cargar con la responsabilidad de que no se confesase; pero ahora no se trata mas que de evitar un escándalo; decidme, pues, si se me mandará salir.

El jesuita permaneció silencioso á esta pregunta, contentándose con mover las cejas, los hombros y las manos.

— Veamos, continuó la duquesa, reflexionad y determinaos. Yo no pretendo nada mas que marchar en secreto; porque ya debeis comprender que lo que trato de evitar es un escándalo, escándalo que seria aun mas terrible para el rey que para mí misma.

Forzado al fin en sus atrincheramientos el padre Perusseau, se decidió á responder.

— Señora, le dijo; yo no puedo determinar de antemano la confesion del enfermo; no conozco la vida del rey; de lo que me diga dependerá mi conducta; pero en cuanto á mí, tengo formada mala opinion de vuestras relaciones con el rey.

— Si con eso quereis significar que creéis que mis relaciones con el rey son puras, no titubearé en deciros que estais equivocado, padre, respondió la duquesa, y si necesitais que os hagan revelaciones, por mi parte os confieso desde luego que hemos pecado, y que hemos hecho todos los pecados que hemos podido hacer; y por costumbre, con premeditacion y con placer. Ahora bien, veamos, ¿os parece el caso bastante grave para que se me arroje de aquí por el rey moribundo? ¿No habrá excepcion para un rey?

El padre Perusseau se hallaba en una situacion grave.

Bien sabia que por el partido de los príncipes y el de los ministros se habia decidido, que si el rey se confesaba, se mandaria salir de la corte á la señora de Chateauroux; pero si el rey no se confesaba y se curaba sin haberse confesado, la señora de Chateauroux quedaria siendo la favorita, y entonces seria el padre Perusseau el que tendria que salir, tomaria S. M. otro confesor, un franciscano, un teatino, ó tal vez un agustino, lo que seria un gran sentimiento para la Compañía de Jesus, que perdía la direccion de la conciencia del rey.

No respondia, pues, el padre Perusseau, procuraba ganar tiempo.

Entonces se mezcló en la conversacion el duque de Richelieu.

— ¡Oh padre Perusseau! le dijo, sed galante con las damas; conceded al instante á la señora de Chateauroux el favor de que salga de la corte sin escándalo; ya veis que vuestros *porques*, vuestros *tal vez*, y vuestros *si es* nos deconsuelan.

Cuanto mas hostigado se veia el padre Perusseau, mas mudo permanecia.

— Mirad, le dijo el duque con aquellas maneras que eran originales y solo propias suyas; mirad, mi reverendo padre, yo veo que sois insensible á la hermosura de las mujeres; pues bien, añadió, echándole los brazos al cuello; haced por mí, que he sido siempre amante de los jesuitas, lo que los padres de la Iglesia, mas galantes, han permitido muchas veces hacer en circunstancias semejantes á los confesores de los reyes.

El padre Perusseau permanecia inflexible.

Entonces se aproximó á él la señora de Chateauroux, y acariciándole las mejillas con sus lindas manos, le dijo con voz dulce y cariñosa:

— Os juro, padre Perusseau, que si os convenís á evitar el escándalo me retiraré de las habitaciones del rey durante su enfermedad; no volveré ya á la corte sino como su amiga, pero nunca como su querida. Hay mas, me convertiré, y seréis mi confesor.

La oferta era tentadora, pero no bastó sin embargo á seducir al padre Perusseau, que continuó dejando siempre en la incertidumbre al favorito y á la favorita.

Los príncipes y los ministros no esperaban un desenlace cualquiera con menos ansiedad que la señora de Chateauroux y el señor de Richelieu.

Y en efecto, si el rey llegaba á morir, la corte devota del delfín y de la reina obtenia una victoria completa, haria salir á la favorita, el favorito quedaria en desgracia, y en diez años no volveria á tratarse en la corte ni de favoritos ni de favoritas.

Poro tambien, si el rey convalecia sin confesion, el señor de Richelieu y la señora de Chateauroux serian mas poderosos que nunca.

En el consejo de los príncipes se determinó hacer un grande esfuerzo; y el conde de Clermont se encargó de

llegar hasta el rey, cualesquiera que fuesen los obstáculos que le opusiesen.

Para que se comprenda bien la fuerza de la posición del señor de Richelieu, es preciso saber que él era el primer gentil hombre de la cámara, y que el privilegio del primer gentil hombre era el ser dueño absoluto del cuarto del rey, y rehusar la entrada según su voluntad.

De este privilegio habia usado al principio de la enfermedad.

El 12 de agosto se presentó el conde de Clermont á la puerta de la cámara real. Hé aquí los progresos que el mal habia hecho, conforme á los boletines diarios.

El 8 se habia sentido el rey indispuerto de sumo cansancio, causado por materias detenidas. Se le sangró aquel mismo dia.

El 9 se le suministró un purgante.

El 10 se le sangró del pié á las tres de la mañana. Pasó bastante bien la noche.

El 11 purga, por la tarde sangría del pié.

El 12 mejor, continuaba tranquilo, muy poco dolor de cabeza; pero por la noche muy agitado.

Cuando el conde de Clermont se presentó á la puerta de la cámara, era uno de aquellos momentos en que se decia: está mejor, continúa tranquilo.

El señor de Richelieu, según su costumbre, quiso estorbar la entrada, pero de un empujon abrió el príncipe las dos hojas de la puerta.

El señor de Richelieu insistió en no permitir la entrada y se le puso delante para estorbarle el paso; pero apartándolo el príncipe con la mano le dijo:

— ¿Desde cuándo ha creído un criado tener derecho para impedir que los príncipes de la sangre vean al rey de Francia?

Y adelantándose hasta el lecho del rey:

— Señor, le dijo, no puedo creer que V. M. haya tenido la intencion de privar á los príncipes de vuestra sangre de la satisfaccion de informarse por sí mismos del estado de la salud de V. M. No queremos, señor, que nuestra presencia os importune, pero deseamos por el amor hácia vuestra persona, tener la libertad de entrar algunos momentos; y para probaros que no tenemos otro designio, me retiro, señor.

Se preparaba con efecto á retirarse, cuando el rey extendiendo la mano le dijo:

— No, Clermont, quédate.

Primer buen suceso. Le preguntaron al rey si queria oír misa en su cámara, esto le complació é introdujeron al obispo de Soissons.

La señora de Chateauroux y Richelieu observaban desde el gabinete adonde se habian retirado, cómo se fortificaba en la plaza el enemigo paso á paso.

El obispo de Soissons se aproximó al lecho del rey, y aventuró la palabra terrible: confesion.

— No, dijo el rey, no es tiempo aun.

El obispo insistió.

— No, repitió el rey, me duele mucho la cabeza y tendria que recordar y decir demasiadas cosas para confesarme ahora.

— Pero, señor, dijo el obispo, insistiendo aun, podría V. M. comenzar hoy y concluir mañana.

Movió el rey la cabeza, y el obispo viendo que habia obtenido aquel dia del enfermo todo cuanto podia obtenerse, se retiró.

Después de él y del conde de Clermont entró la duquesa de Chateauroux, y para combatir la influencia que podian haber tomado los príncipes principió por hacer al rey sus halagos de costumbre.

Pero el rey la rechazó con dulzura, diciéndole :

— No, no, princesa, creo que hacemos mal, basta, basta.

Queriendo despues la señora de Chateauroux abrazarlo, le dijo :

— Será, tal vez, preciso que nos separemos.

— Muy bien, respondió picada la señora de Chateauroux ; y se retiró.

El día siguiente, la Peyronie, al que habian hecho venir de París, fué á buscar al duque de Bouillon y le dijo, que al rey no le quedaban mas que dos días de vida, y por consiguiente era importante que se confesase, y que él como camarero mayor tenia la obligacion de anunciar al rey, que habia llegado el momento de cumplir con esta ceremonia.

El duque de Bouillon, que conocia todo lo desagradable de esta comision que le tocaba, hizo llamar á Champcenez y le mandó fuese á comunicar al rey las palabras que habia dicho el cirujano. Champcenez obedeció, se aproximó al lecho de Luis XV y le participó la urgencia de la situacion.

— Yo no deseaba otra cosa, dijo el rey ; pero la Peyronie se equivoca, no es tiempo aun.

Pero como si hubiese sido un aviso del cielo, apenas habia pronunciado estas palabras cuando cayó en un desfallecimiento extremo y empezó á gritar con voz moribunda :

— El padre Perusseau, pronto el padre Perusseau ; y se desvaneció.

El padre Perusseau estaba listo y acudió al momento.

Un instante despues que el rey volvió á abrir los ojos, el padre Perusseau llamó al duque de Bouillon.

— Bouillon, le dijo el rey, vuelve á encargarte de tu servicio ; en lo sucesivo nõ encontrarás obstáculo por

parte de nadie. A la religion y á lo que manda la Iglesia, sacrificio todos los favoritos y favoritas.

Y luego se cerró la puerta para dejarlo solo con su confesor.

El triunfo del señor de Soissons era completo ; el obispo nõ perdió tiempo en pasar al gabinete donde se hallaban la señora de Chateauroux y su hermana ; y con los ojos centelleantes y el rostro animado :

— Señoras, les dijo, el rey manda que os retireis de su casa inmediatamente.

Y volviéndose despues á los de su comitiva, mandó que se derribase al momento la galería que desde la habitacion del rey comunicaba con la abadía de San Arnault, para que el pueblo supiese que los escándalos se enfriaban.

Las dos mujeres estaban consternadas, inclinaban sus cabezas bajo aquel anatema.

El señor de Richelieu se adelantó entonces y dijo en presencia del obispo :

— Señoras, si teneis valor para permanecer y arrostrar las órdenes obtenidas por violencia en un momento de debilidad, yo me encargo de todo y tomo sobre mí toda la responsabilidad.

Esta oferta del señor de Richelieu puso el colmo á la exaltacion del prelado.

— Bien, exclamó, ya que es así, que se cierren los santos tabernáculos, para que la desgracia sea mas ruidosa, y la reparacion del Señor mas completa.

Las dos mujeres entonces juntaron sus manos, inclinaron sus cabezas y salieron con la vergüenza en el rostro, con los ojos bajos, y sin atreverse á mirar á nadie.

Pero no siendo esto suficiente para aplacar al furioso prelado, volvió á entrar en el cuarto del rey, al que dijo :

— Señor, las leyes de la Iglesia y nuestros santos cánones nos prohíben llevar el Viático, cuando la concubina permanece aun en el pueblo. Ruego á V. M. que dé nuevas órdenes para que salga, porque no hay tiempo que perder, V. M. va á morir.

El rey temblaba á la sola idea de la muerte y de la condenacion; á los gritos y amenazas del obispo concedió todo lo que quisieron exigir de él. Las dos mujeres no fueron conducidas fuera de la casa, sino echadas en medio de la gritería del populacho. Corrieron á las caballerizas del rey, pero no hallaron ni un solo oficial que quisiese darles un carruaje para atravesar el pueblo. Todos renegaron de ellas á cual mas. Solo el señor de Belle-Isle las ofreció su brazo y les hizo dar un coche. Él, porque sabia lo que era la desgracia, y cuánto se aprecia en la desgracia el auxilio de una mano amiga.

Las señoras de Bellefonds, de Roure y de Rubembré fueron las únicas que acompañaron á las fugitivas, que entre las injurias y maldiciones del populacho atravesaron el pueblo y fueron conducidas á una casa de campo, á algunas leguas de Metz; y aun esta costó trabajo el encontrarla porque los propietarios las rechazaban como pestíferas.

Fuera ya de la poblacion las dos fugitivas, derribadas las galerías, y habiendo sobrepujado el escándalo de la reparacion al escándalo de la falta, permitió el obispo de Soissons que se administrase al rey el Viático. El real moribundo recibió el Cuerpo de Nuestro Señor diciendo:

— Señor, hace veinte y dos años que hice mi primera comunión. Deseo hacer otra buena y que sea la última.

Recibido el Viático dijo el rey:

— ¡Cuántas cuentas tiene que dar un rey que va á

comparecer delante de Dios! ¡Oh! cuán indigno he sido de la dignidad real!

No estaba aun completo el triunfo del obispo de Soissons, porque la señora de Chateauroux tenia la superintendencia de la delfina: él se la hizo quitar. Las dos proscritas no estaban mas que á tres leguas de la corte; el prelado exigió que se alejasen á cincuenta; en fin, la confesion del rey habia sido secreta, el obispo pidió una confesion pública.

Van á matar á nuestro amo, murmuraban los criados. ¿Porqué el señor de Fitz-James no le ha pedido de una vez todo su reino? dijo Lebel.

Pero estos murmullos irritaban mas al prelado, y al tiempo de administrar al rey los santos óleos, y cuando todos observaban un religioso silencio exclamó:

— Señores príncipes de la sangre y grandes del reino, el rey nos encarga al señor obispo de Metz y á mí, que os digamos en alta voz, que siente el mas sincero arrepentimiento por el escándalo que ha causado en el reino viviendo con la señora de Chateauroux. Pide de ello perdon á Dios, y habiendo sabido que no está mas que á tres leguas de aquí, le manda que no pueda aproximarse á la corte á menos de cincuenta leguas, y S. M. le quita el cargo que tiene en la casa de la señora delfina.

— Y tambien á su hermana, añadió el rey levantando con esfuerzo la cabeza de la almohada.

Todo habia concluido para el partido de Richelieu y las favoritas; triunfaba el partido de los príncipes: los prelados habian conseguido la victoria, y abusaban de ella con el refinamiento y persistencia de crueldad absolutamente peculiar de las persecuciones eclesiásticas.

El rey entretanto iba de mal en peor. La retirada de los ministros y de los cortesanos, síntoma moral, mucho

mas significativo que los síntomas físicos, anunciaban su próximo fin. El 15 á las seis de la mañana, llamaron á los príncipes para que asistiesen á las oraciones de los agonizantes; desde las seis hasta medio día estuvo el rey en una especie de agonía. Argenson hizo empaquetar los papeles, y el duque de Chartres hizo enganchar su silla de postas para marchar al ejército del Rhin. Los médicos se retiraron, y el rey entre la vida y la muerte quedó abandonado en manos de los empíricos.

Uno de ellos, *del que ni aun el nombre se sabe*, le hizo tragar una gran dosis de emético.

Esta dosis de emético produjo una evacuacion espantosa y con esta evacuacion una mejoría sensible.

Durante este tiempo las fugitivas se apresuraban por llegar á París; la mujer de un consejero, á la que tomaron por una de ellas, fué públicamente insultada, y á ellas les faltó poco para que las hiciesen pedazos en la Ferté-sous-Jouarre, donde fueron conocidas, y debieron la vida á una persona notable del país que las tomó bajo su proteccion, y no las abandonó hasta que estuvieron fuera del pueblo.

El rey habia pedido siempre al doctor Dumoulin, y habian despachado á buscarlo un correo tras otro correo. Cuando llegó el doctor se advertia en el rey una sensible mejoría; aseguró el doctor que la mejoría era cierta, y anunció al enfermo, que no podía creer en ello, un principio de convalecencia.

El día 17 el doctor Dumoulin aseguró que respondia de la vida del rey.

La reina, que habia sabido el 9 de agosto por la tarde la noticia de su enfermedad, recibia todos los dias un boletin de la Peyronie, y no atreviéndose á marchar á Metz, miraba como un suplicio su permanencia en Versailles, y se desesperaba, pidiendo á Dios tomase su

propia vida y que conservase la vida del rey. Cuando supo que se habia hecho salir á la favorita, en vez de regocijarse, se espantó. La pobre reina comprendió los dolores de la mujer. Fué con toda su servidumbre y con el delfin á postrarse ante el Santísimo Sacramento. Cualquiera ruido, el de una puerta que se abriera la hacia palidecer y le atacaba una convulsion.

Llegó un correo con despachos que le permitian ir hasta Luneville; y al delfin y á su tia hasta Chalons; quiso partir en el momento mismo; mandó traer caballos de posta y marchó, llevando en su primer carruaje consigo á las señoras de Luynes, de Villars y de Bouffleurs; y en el segundo carruaje á las señoras de Fleury, de Antin, de Montant, de San Florentino y de Flavacourt. La señora de Flavacourt estaba en París, y aunque siempre virtuosa y rebelde al rey, vino á rogar á la reina la llevase consigo, y la reina justa y buena, se lo concedió, no queriendo que la desgracia de las culpables pesase sobre la inocente.

En Soissons encontró la reina despachos de Argenson que le anunciaban que el rey la esperaba impaciente. Se corrió entonces sin descanso, y al llegar á Metz se precipitó la reina de su carruaje, y fué corriendo á caer de rodillas á la cabecera del rey, que estaba durmiendo, y que al despertarse la dijo:

— ¡ Ah! sois vos, señora; os pido perdon del escándalo que he causado, y de las penas y pesares que os he hecho sufrir; ¿ me perdonais?

La reina deshecha en lágrimas no podia responderle, y el rey repetia:

— ¿ Me perdonais? ¿ Me perdonais? Y la pobre señora no tenia fuerza para otra cosa que para hacer con la cabeza: sí, sí.

Mas de una hora permaneció abrazada á su cuello.

El rey hizo entonces que se aproximase el padre Perusseau para que fuese testigo de aquella reconciliacion conyugal.

Durante este tiempo el delfin y su tía, que no habian recibido permiso para ir mas que hasta Chalons, se adelantaron de esta ciudad, y en Verdun recibieron la orden para detenerse. A pesar de esta orden el duque de Chatillon, ayo del jóven príncipe, continuó su viaje, mientras por su parte la señora de Tallard hacia adelantar á las princesas que se desolaban al verse tan lejos de su padre, y mas que todas la señora Adelaida que tuvo fiebre.

El duque de Chatillon á pesar de todo el mundo llegó á Metz y presentó el delfin á su padre.

Pero Luis XV recibió á su hijo con una frialdad que desconcertó á su ayo, el cual pidió perdon al rey de la libertad que se habia tomado. Pero el rey no respondió porque estaba persuadido que lo que habia traído al delfin á Metz, no era el deseo que experimenta un hijo por volver á ver á su padre, sino la curiosidad de un heredero que desea saber el estado en que se halla su herencia.

En el mes de setiembre se hallaba el rey completamente restablecido de su enfermedad; pero al mal habia sucedido una tristeza profunda, una melancolia continua. Todas las escenas que habian ocurrido á su alrededor durante su enfermedad, se representaban á su vista; y lo que de ellas resaltaba la vergüenza en el hombre, hacia subir los colores al rostro del rey. A cada instante miraba en torno suyo como si buscase á alguno, y este alguno, sin el cual no podia pasar, era sobre todos Richelieu. Richelieu por su parte sondeaba el terreno. Para saber la altura á que se hallaba en el ánimo del rey, se dirigió al cardenal de Tencin y al señor de

Noailles, y los dos le respondieron que estaban convencidos de que jamás habia estado tan avanzado en el corazon de S. M. Comenzó entonces Mr. de Richelieu por hacer llegar directamente á manos del rey la relacion de cuanto habia ocurrido durante su enfermedad, conservando á cada actor el papel que habia representado en aquella tragi-comedia. Sin perdonar á nadie, ni príncipes de la sangre, ni prelados, ni cortesanos. El envío fué bien recibido. Comprendió Richelieu que tenia ya la puerta abierta, y se dejó introducir por aquella puerta. El rey recibió aun con timidez á su antiguo favorito, pero era visible que lo recibia con placer. La reaccion comenzó á observarse desde luego. La reina vió que poco á poco volvia á renacer la frialdad del rey para ella, y la víspera de la salida del rey para Strasburgo, la pobre mujer preguntó al rey cuál seria su suerte en lo sucesivo, y habiendo añadido:

— Señor, yo seria muy feliz en seguir á V. M.

Se contentó el rey con responderla:

— Eso no merece la pena, y no pudo alcanzar otra razon.

La reina llorosa y acongojada marchó á Luneville.

El duque de Pentievre se quedó en Metz con viruelas.

La señora duquesa de Chartres y la princesa de Conti declararon que ellas irian á la guerra y se presentarian en la trinchera delante de Friburgo.

En fin, la hija mayor de S. M. y la señora de Módena fueron á Strasburgo.

En cuanto al rey, dejó de continuar en sus oraciones y manifestaba un humor feroz y á veces una cólera concentrada.

En Luneville se detuvo con el rey de Polonia; pero nada pudo divertirle, y por mas que hicieron las señoras no fué posible ver una sonrisa en sus labios.

Era tal su distraccion que se marchó de Luneville sin acordarse de despedirse de la reina de Polonia y tuvo que enviar un correo de diez leguas para excusar su olvido.

Con su mujer habia hecho lo mismo y tuvo que enviar otro correo para reparar aquella inadvertencia.

Cuando llegó á Saverne, por donde pasaba para volver al ejército, recibió una carta amorosa y una escarapela de la señora de Chateauroux, y desde aquel momento se desarrolló de nuevo de tal manera su passion por ella, que en la corte se decia públicamente que no tardaria la antigua favorita en volver á ocupar su posicion.

Estando en el sitio de Friburgo supo que el duque de Chatillon, viendo en desgracia á la señora de Chateauroux habia escrito á España algunas cartas que hacian poco favor á la reputacion de su amante; y en el acto firmó una orden secreta de prision contra el duque y la duquesa de Chatillon, á los que nunca perdonó. Habiendo caído enfermo el duque un año despues, consiguió á fuerza de súplicas que le permitieran venir á curarse al castillo de Licuvielle, pero con la prohibicion de entrar en París; y habiendo tenido necesidad en el mes de agosto de pasar á tomar las aguas de Forges, solicitó del rey el permiso para atravesar por París; lo que se le concedió á condicion de no pernoctar. En fin, hallándose moribundo el duque de Chatillon en 1754, representó por medio de la señora de Pompadour, entonces favorita, el profundo dolor que sentia de morir en desgracia con el rey; pero S. M. le permitió solo á la señora de Pompadour le respondiese que el rey olvidaba lo pasado, y que en cuanto á la familia del duque podia contar con la bondad de S. M.

CAPITULO XI.

Capitulacion de Friburgo. — Vuelta del rey á París. — Alegría de los parisienses. — La señora de Chateauroux escribe á Richelieu. — La hora de recogerse la reina. — Excursion nocturna de Luis XV. — Entrevista del rey y la señora de Chateauroux. — Los enemigos de la duquesa caen en desgracia. — Enfermedad de la duquesa.

El dia 1.º de noviembre capituló Friburgo; el rey firmó la capitulacion y dejando á sus generales el cuidado de tomar posesion de las fortalezas, marchó á París el 8 del mismo mes para hacer allí su entrada triunfal.

La campaña de 1742, 43 y 44 no habia sido feliz.

Por mas habilidad que habia desplegado Belle-Isle en su retirada, aquel suceso habia desanimado generalmente. Maillebois, á quien llamaban el general de los maturinos, habia dejado que su colega lo hiciese todo. Segur, dueño de la Austria alta, la habia evacuado; Broglio se habia retirado poco á poco de Baviera sin combatir; y el emperador que se habia elegido en oposicion á María Teresa, no solo habia perdido los estados que la coalicion le habia ofrecido, sino tambien los que de antemano poseia, y se habia hecho el objeto de la risa de la Europa entera. La guarnicion de Egra, última plaza fuerte que quedaba á los franceses en Bohemia, estaba prisionera de guerra. Noailles, por culpa de su sobrino Gramont, habia dejado escapar al rey Jorge II en la batalla de Eltinguen. Hacia dos años que los franceses

no hacian mas que retirarse en todas direcciones; y el partidario Meutzel, que mas de una vez habia traspasado los límites de las fronteras de Francia, habia amenazado venir á cortar las orejas á los parisienses. No llegaban al pueblo mas que noticias de derrotas, no se veian mas que tropas vencidas. Todos se habian gastado, todos, ministros y generales, excepto el rey, en el que todavía se tenia esperanza, en atencion á que nada habia hecho.

Su enfermedad procedia, segun decian, de las fatigas que habia sufrido en el ejército; se habia creido que iba á morir, y un milagro le habia conservado la vida. Todo concurría, á pesar de los pocos triunfos que hubiese alcanzado, para prepararle una entrada triunfante.

Es por tanto difícil formar idea de la embriaguez con que se celebró la entrada del rey en París. Los árboles del boulevard se desgajaban con el peso de los espectadores; las ventanas parecian estar tapiadas con cabezas, los tejados se hallaban cubiertos de gente. Se sacaron las carrozas que servian para la consagracion; caballos soberbios con magníficos penachos conducian al hermoso y jóven monarca, en cuyo rostro se veia la mas graciosa sonrisa. Todo contribuía á exaltar al pueblo enternecido, que lloraba y corria sin cuidarse de recoger las monedas que se arrojaban, precipitándose á las puertas del coche para ver al rey, volverlo á mirar otra vez, y gritar: viva Luis el muy amado.

Tambien salió de su casa la señora de Chateauroux, pero cubierta con su velo, de suerte que nadie pudiese conocerla, porque el rey no habia todavía respondido á sus cartas, ni al envío de su escarapela; de suerte que á pesar de las seguridades que le daba Richelieu, ella ignoraba aun á qué altura se hallaba con su real

amante. Y escribia á Richelieu, que estaba entonces en Montpellier:

« Ha venido á París y puedo pintaros la embriaguez y alegría de los buenos parisienses; á pesar de lo injustos que son para mí, no puedo dejar de amarlos por su afeccion al rey; le han dado el epíteto de *muy amado*, y este título borra todas las ofensas que me puedan haber hecho.

»... ¿Pero creéis que me ame todavía? Tal vez cree tener que enmendar muchas sinrazones tuyas, y tal vez esto lo contiene para volverme á buscar. ¡Ah! no sabe que yo he olvidado ya todas sus faltas.

» No he podido resistir el deseo de verlo. Me vestí de suerte que no pudiese ser conocida y fui con la señorita Hebert á la carrera por donde debia pasar.

» Lo ví, estaba gozoso y enternecido; tiene, pues, sentimientos de ternura; mucho tiempo tuve fijos en él mis ojos, y mirad lo que es la imaginacion, me pareció que me habia mirado y que procuraba reconocermé.

» Marchaba con tal lentitud su carruaje que tuve mucho tiempo para examinarlo, y no puedo explicaros lo que pasó en mi interior. Me hallaba muy oprimida entre la gente, y yo misma me reconvenia aquel paso que daba por un hombre que me habia tratado tan inhumanamente; pero arrastrada por los elogios que le prodigaban, y por los gritos en que la embriaguez de la alegría hacia prorumpir á los espectadores, no tenia la fuerza suficiente para cuidar de mí misma.

» Una sola voz que resonó á mí inmediacion me recordó mis desdichas, nombrándome de un modo injurioso. »

Y con efecto un hombre que habia reconocido á la